

LA LINTERNA MÁGICA

SEGUNDA ÉPOCA.

SEVILLA

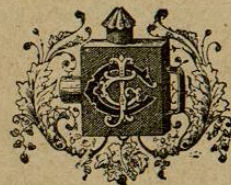
BOCETO AL FRESCO

(INÉDITO)

POR

FACUNDO

1892



SANTANDER

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE L. BLANCHARD.

CALLE DE VAD-RAS, NÚMERO 3.

1892.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE VAD-RAS, NÚMERO 3



SEVILLA

SALIMOS de Madrid por la estación de Córdoba y nos instalamos en un compartimiento de capacidad para ocho personas. Así están contruidos aquí los vagones de los ferrocarriles; lo cual tiene la ventaja de formar en cada departamento una pequeña familia durante veinte y tres horas; y como de todas partes aflúa gente atraída por la renombrada Semana Santa de Sevilla que terminaba este año con el comienzo de la Feria, otra verbena tan popular como la primera, éramos efectivamente ocho completitos los pasaje-

ros de mi compartimiento. Dos señoras gordas, de esas que abundan tanto en esta tierra, que no perdonan fiesta ni romería en todo el año; dos señores maduros relacionados, no sé en qué grado, con las gordas; una joven, casada recientemente, con su cría y su nodriza, un guardia civil, un sacerdote y FACUNDO

He aquí la familia improvisada del compartimiento ó coche número 1112.

El trajín de la estación era como el de todas las estaciones de ferrocarril; sólo que aquí, la idiosincracia de la nacionalidad tiene constantemente puesto el pié en el pedal del fuerte, y los voceadores de periódicos y loterías se encargan del fortísimo, por que gritan á reventar.

Hay otro rasgo característico, y es el infinito número de pordioseros de ambos sexos que le piden á V. en todos los tonos de la mendicidad, ó no satisfechos de su jerga plañidera le cantan, le tocan la guitarra, la flauta, el pito y el organillo, ó lo enseñan muñones, explotables á falta de industria,

y sobre todo le interrumpen á V. y le importunan cuando habla con alguno, cuando lee, cuando saca el billete, cuando da propina á criado ó cochero, porque en el código de la mendicidad figura en primer término el de la indiscreción obligatoria.

Después de repetidos avisos de campanas y pregón solfeado sonó por fin el pito, jadeó la máquina y el tren se puso en movimiento.

Parece inútil advertir que la cantidad de bultos manuales de que iba atestado el coche de *mi familia* era infinito. Las gordas llevaban provisiones de boca para un mes, sin cuidarse de que la criada, Menegilda, hubiera puesto el queso entre los pañales y los bollos y la jeringa en el mismo cesto.

Los señores maduros no tardaron después del primer arranque del tren, en entregarse de lleno á la política, como si estuvieran en el café, que es donde la hacen todos los días; y del relato de los últimos sucesos pasaron al ensañamiento más despiadado contra el gobierno. Uno de ellos encontraba el

remedio radical de todos los males de España en una horca perpetua, y su compañero corroboraba la especiota escandalizándose de que en lo de Jeréz no hubieran ahorcado más que á cuatro prójimos.

El guardia civil, como guardia civil, no hablaba, la criada como criada, solo respondía, el sacerdote como extranjero tampoco hablaba y yo menos, de manera que en *mi familia* quedaban ya suficientemente definidos los actores y el público.

En un compartimento de ocho personas *tête á tête* es inútil pretender que haya el servicio de aguas, tan inseparable de las exigencias humanas, de manera que si usted necesita lavarse las manos ó apagar la sed, debe esperar á que pare el tren, apearse y entonces.

Para el tren frecuentemente á cortos tramos; solo que el pregón grita seis minutos, y el maquinista, que va retrasado, se come cinco; y á la consideración de ustedes de los percances que á los viajeros causa la supresión de cinco minutos.

Por fin se llega á estación en donde se conceden veinte para que almuercen cien pasajeros. Subía, pues, de punto la previsión de las gordas al almacenar provisiones de boca. Se las reconocía como avezadas á expediciones y acertaban. Una pelaba alcahofas crudas con los dientes para entretenir el hambre y el tiempo, la otra comía chuletas frías con pan duro y los políticos bebían Valdepeñas.

A medida que oscurecía crecía el horror que me inspiraba la noche. Iba yo á dormir si podía, con las gordas, con el guardia civil, con la nodriza, con la niña y con el sacerdote, *sans façon*, enteramente en familia y no es decir que por mi gusto; por que pretendí pasarla en carro de dormir, y me pidieron doscientas ocho pesetas extra, por mi extravagancia; y no precisamente por economía sino por no singularizarme me resigné á rehusar el cambio de postura.

Por fin oscureció y comenzó el primer acto nocturno con esa lucha que se empeña entre una madre, una nodriza y una cria-

tura que rabia, que se desgañita, y para cuyos extremos son impotentes el cambio de regazo, los cantos de la criada, los regaños y los mimos de la mamá, los relojes de los bolsillos, el juguete de campanitas, el pito y todo lo que la previsión maternal lleva para el caso.

Ya casi rotos los tímpanos de toda *mi* familia la niña al fin sucumbió al sueño y ya era tiempo.

Después siguió el trasegar de balijas con un afán como si buscaran colchones; las gordas y la criada removieron todos los cachivaches y se enfadaban por que Menegilda les daba en lugar de un pañuelo una servilleta. Uno de los políticos inflaba una almohada de viento, el otro se cambió las botas por sus zapatillas que no parecían, el guardia civil se puso montera en lugar del sombrero montado incómodo para dormir.

—Mira, Gilda, ahí donde están las alpargatas nuevas de la niña, viene el éter; dá-melo, por que ya me viene el dolor de cabeza, dijo una de las gordas suspirando.

Gilda trasegó media hora pero encontró el éter, los vecinos de las ventanillas cerraron los cristales y la gorda destapó el éter, que á poco rato se apoderó de la atmósfera respirable del dormitorio, la anestesia era inminente, y la gorda seguía mala y seguía suspirando.

—Te lo dije mujer, gruñó de mal talante uno de los políticos, te va á dar el dolor.

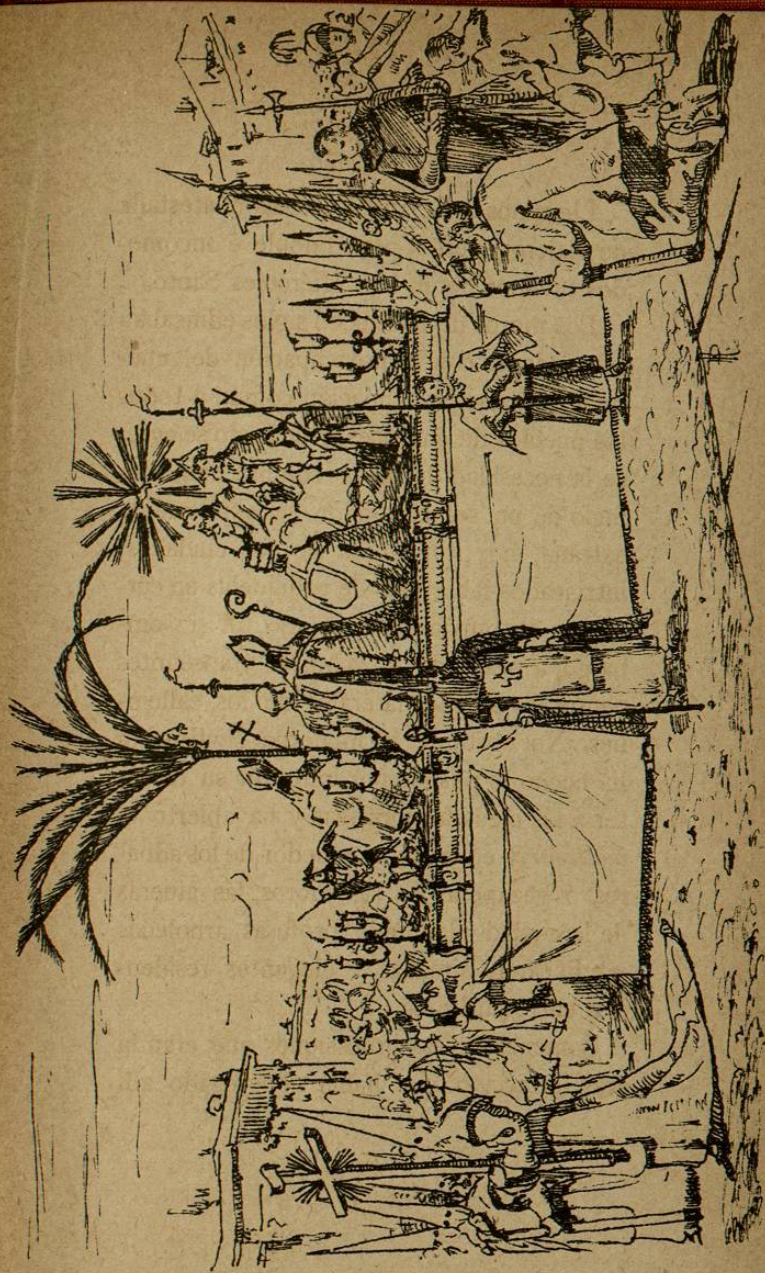
Alguien corrió debajo de la tronera del techo que daba luz de petróleo una cortinilla negra en señal de recogimiento y empezó el silencio dentro del coche. Bien pronto los posibilistas y el guardia civil roncaban á trío, á pesar de que á otra de las gordas le vino una tos que duró el resto de la noche, durante la cual cada quisque empleó el único recurso aceptable, que era el ensayar nueva postura. Así nos sorprendió la auro-ra, sorprendida á su vez de nuestra facha, pero al fin era el nuevo día y por lo tanto se acercaba el término del viaje.

*
* *

Llegamos á Sevilla á la sazón atestada de viajeros; pero á precio doble é incómodos tuvimos hotel. Era Miércoles Santo.

Los moros de hace ocho siglos edificaban sus ciudades con la preocupación del enemigo invasor; preocupación común á todos los pueblos de entonces, y si á esto se agrega la necesidad de buscar sombra como refugio de un sol abrasador, se explicará la extraña, hoy, topografía de sus ciudades; intrincados laberintos de callejuelas en curva que el tranvía moderno recorre sin embargo, á riesgo de espachurrar transeuntes contra las paredes laterales de los callejones. No obstante la moderna civilización ha hecho lo posible por imprimir su carácter á las ciudades moriscas y ha abierto el *boulevard* y edificado al rededor de los adnares ó gazaperas de los moros, las afueras de la ciudad plantando profusas arboledas y edificando aireadas y elegantes residencias entre jardines.

Comenzaban las procesiones que eran la gran atracción que había congregado allí



algunos miles de viajeros de muchas leguas á la redonda movidos, puede asegurarse, no por un sentimiento correctamente piadoso, ni siquiera romero, sinó por la curiosidad de presenciar un espectáculo, retrocediendo algunos siglos, pues tal es hoy el verdadero atractivo de la Semana Santa de Sevilla, tanto para fieles como para turistas.

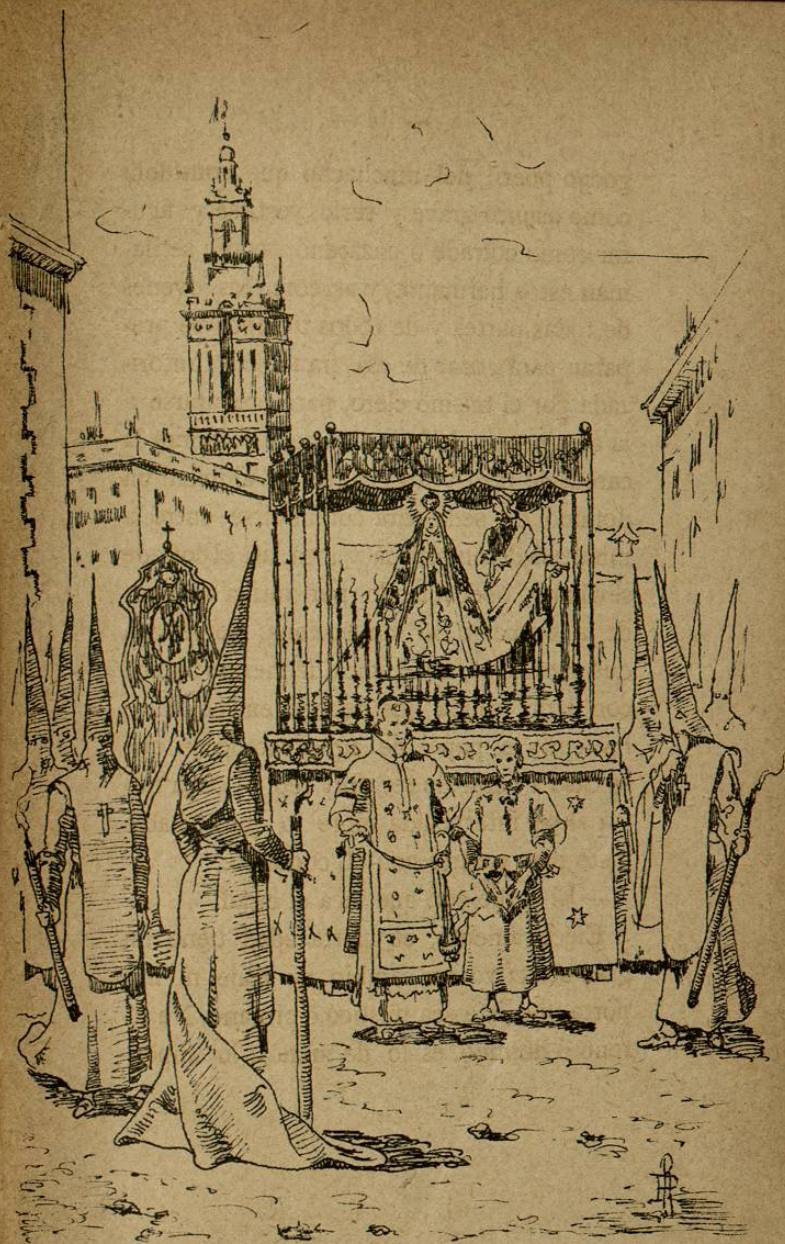
Forma el carácter de esa fiesta que luce todavía al través de la reforma de las costumbres, de la civilización de los pueblos, de la filosofía moderna y aún de la relajación de los sitios piadosos, la representación de lo que pudiera llamarse propiamente un carnaval religioso, sostenido por el espíritu de cuerpo de algunos centenares de hermanos, cofrades, cuya misión moral es sostener el *statu quo* del culto externo religioso, al través del espíritu del siglo y de la civilización moderna.

La juventud sevillana indocta, fomenta este movimiento retrógrado, no precisamente por mantener incólumes el rito religioso y la piedad cristiana, sino por ese re-

gocio pueril del muchacho que considera como asunto grave y serio vestirse y figurar como cofrade ó nazareno, como se llaman estos hermanos, y así como los jóvenes de todas partes y de todos tiempos se preparan para gozar de esa franquicia, autorizada por el mismo clero, para prepararse á la abstinencia de la cuaresma y compran la careta de raso y los guantes y alquilan un dominó de seda para confundirse entre la multitud desenfrenada y loca, así el cofrade sevillano, obedeciendo por rutina al rigor de la tradición, se confecciona, no sé con qué sacrificios, una túnica de merino blanco con larga cauda que recoge en el brazo haciendo el papel de aquel monigote que se casó á pesar de ser muy feo, y cuya novia al ser interpelada sobre lo que le había visto para casarse con él, contestó:

—El garbo con que saca el cirial.

Efectivamente, en cierta edad tiene un gran atractivo un cambio de traje, no importa que éste sea místico ó profano, Nazareno ó dominó, es lo de menos; lo impor-



tante son los guantes blancos, los zapatos de charol, la seda, la careta para figurar en una agrupación, bien sea lividinosa ó mística, bien sea carnaval ó procesión de Semana Santa.

El máscara religioso se provee, pues, de la túnica blanca, los guantes de cabritilla y el calzado fino; y completa el equipo con un capuchón de raso, morado fushina, que termina en un cucurucho piramidal que se ensancha al rededor de la cabeza y del cuerpo sin dejar más que dos agujeros en el lugar que coinciden con los ojos.

Lleva además un grueso cordón con borlas de oro para ceñir la túnica, y en el pecho un escudo bordado de oro con las insignias de la Cofradía. Va armado de un cirio, de grosor medido por la vanidad del Cofrade.

Estos son los nazarenos.

Y como estas costumbres nuevas remueven en mi memoria cuentos viejos, allá va uno á propósito.

Había en cierta ciudad de México, en

tiempos bien pasados, lo que llamaban procesiones de sangre: en ellas figuraba un grupo más ó menos numeroso de nazarenos; pero de muy distinto género de los Sevillanos. Aquellos nazarenos no eran movidos por la vanidad de la juventud, sino por la vanidad del fanatismo que es de las vanidades humanas de las más funestas. Aquellos nazarenos eran generalmente viejos que en vez de ataviarse se desnudaban de medio cuerpo y su obligación era azotarse las espaldas con haces de espinas en todo el trayecto de la procesión, hasta hacerse sangre.

Entre aquellos nazarenos figuró un día borrachín, malvado, pendenciero é incorregible, muy conocido en la población.

En una de las paradas de la procesión, le tocó al borracho que era de los penitentes que más se desangraban, pararse junto á un espectador conocido, que no pudo menos que exclamar:

- Qué es esto Juan! Tu penitente!
- No, señor amo. No es penitencia.
- ¡Entonces...

—Es para que vean que hay *hombrecitos* en la procesión.

*
* *

Los nazarenos forman pues en numerosa mascarada el carácter de la procesión: los hay de todos colores, pero todos, negros ó blancos, con el característico cucurucho puntiagudo de una vara de alto.

Cada Cofradía va presidida por una comisión del ayuntamiento y escoltada por una banda militar y un piquete de infantería. En el centro de la comitiva van *los pasos* de los cuales se formará idea el curioso lector por los grabados que acompañan á este artículo.

Las andas ó plataformas que sirven de pedestal á *los pasos*, son en lo general riquísimas, de plata, oro y terciopelo que forma alrededor del aparato una cortina que cubre á los cargadores, que en hombros y á oscuras las conducen.

Estos devotos cargadores son en algunos pasos hasta en número de treinta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

1875 MONTREY, MEXICO